La tarde había caído: después de tan gratas impresiones convine con mis compañeros en que nos recogeríamos temprano para descansar de las fatigas del día, reprimiendo el entusiasmo que me causaba considerar que á la mañana siguiente partiríamos por el ferrocarril de la *Cornisa* para Italia.

CAPÍTULO XXVI.

DE MARSELLA A ROMA.

EL recuerdo de mi pequeño viaje á Italia lo conservaré en el corazón toda mi vida.

¡Italia! ¡Cuán dulce sueño iba á realizárseme, al cabo de tanto tiempo de haber surgido en mi mente, en las plácidas horas de mi tranquila juventud!

Siempre he tenido por aquella tierra clásica y privilegiada del arte, singular predilección. Me encanta y me llena de entusiasmo su nombre solo, y creo que—después de mi patria—en Italia viviría gustoso y satisfecho. Cualquiera de sus interesantes capitales podría elegirla como residencia, sin vacilación; pues que cada una de ellas tiene un cielo sereno y apacible, un ambiente todo lleno de perfumes, un no sé qué de misterioso, que evoca sin cesar "recuerdos de blancas sombras," como ha dicho un escritor insigne.

¡Oh Italia, dulce Italia! Tú vivirás con tu Roma y con tu Nápoles y con tus arenas calcinadas por el fuego de tus volcanes, y con tu Florencia y tu Venecia tanto cuanto el mundo viva.

En el seno de Italia quiso el cielo que estuvieran juntos los recuerdos más grandes de la sociedad pagana y las glorias más brillantes de la Fe de Cristo. Aquella tierra, que en otros tiempos conmovíase al estruendo de las legiones de Roma,

quedó purificada con la sangre de los mártires que sucumbían entonando himnos y alabanzas al Eterno. Los ídolos, ante quienes se quemaba incienso en copas de bronce y de oro, rodaban de sus pedestales, ya al empuje de las armas bárbaras ó al impulso de la fe cristiana. Italia era el centro de las conmociones de la humanidad. Había nacido para ser grande. Comenzó ciñendo la diadema regia y sucumbió ostentando la imperial corona.

No pudieron contra Italia ni Egipto ni Grecia ni Cartago: todas las naciones más poderosas de su tiempo formaron otros tantos eslabones de la gran cadena que los reyes y los cónsules y los repúblicos y los emperadores fueron sucesivamente elaborando, cadena que, como si hubiese sido de endeble fábrica, de un soplo fué destruída, pero con inmenso, imponente y colosal estruendo.

Hoy queda sólo un montón de ruinas, cual viva muestra de la miseria humana y de cómo son perecederas las grandezas de la tierra.

Aquel hacinamiento tétrico de piedras gigantescas, confuso, misterioso, terrible, parece un capítulo de la *Divina Comedia* inspirado por el genio del Dante y desarrollado con pincel sublime por la mano poderosa de Miguel Angel.

Tantos recuerdos evocados en una noche de inquietudes y de insomnio, hiciéronme poner en pie muy de mañana, dispuesto, con uno de mis compañeros, á emprender el camino de Roma por la vía más cómoda y mejor acondicionada para nuestros inmediatos deseos.

Dos caminos teníamos: uno por ferrocarril y otro por mar. Se nos ofreció la oportunidad de hacer la travesía en un vapor que iba con carga para Civita Vecchia, con escala en Génova; pero aun cuando la línea era muy corta y el pasaje sumamente módico, nos aconsejaron que no hiciéramos tal cosa: primero, porque dejaríamos de gozar de las delicias del camino por tierra; segundo, porque nos exponíamos á las peripecias consiguientes á la travesía en un mal buque de carga

y al mareo indispensable en esas siempre alborotadas ondas del Mediterráneo.

Resolvimos, pues, irnos por ferrocarril directamente; y á fe que, lejos de arrepentirnos, tuvimos horas de expansión y de gozo inenarrable.

¡Qué camino! ¡Qué todo aquel tan poético y tan interesante al par!

Apunté ya en mi capítulo antepasado que el camino á orillas del Mediterráneo es encantador entre lo bello, magnífico: todo aquel que haya recorrido el tramo de Marsella á Génova, convendrá conmigo en que nada hay que pueda bosquejar con toda la fuerza de su propio colorido y con todas las galas de su encanto á aquel espléndido camino.

Esta línea llámase de la *Cornisa* (la *Corniche*) y la vía enteramente sigue las sinuosidades de la costa, que llevábamos á la derecha; mientras que por la izquierda, arrancando del seno mismo de las aguas, teníamos la mole gigantesca de los Alpes Marítimos y después la de los Apeninos.

A las nueve de la mañana salimos de Marsella, dejando á lo lejos el santuario de Nuestra Señora de la Guardia, que fué perdiéndose hasta desaparecer de nuestra vista.

Siguiendo mi costumbre, abrí mi libro de apuntes y comencé mis impresiones de *vuela lápiz*, desordenadas, del momento, incoherentes y muchas veces ininteligibles para el mismo que las escribe; pero que, andando el tiempo, sirven de ayuda poderosa para la memoria. Llegó un instante en que me fué imposible anotar. ¡Quién se entretiene en semejante cosa, cuando la vista es poca para la admiración de aquel brillante panorama que teníamos delante! Alzábanse las olas, una tras de la otra, coronando su cúspide de espuma, gimiendo á media vara del camino de hierro y muchas veces saltando hasta nosotros sus menudas gotas de agua; de repente atravesábamos un túnel y descubríamos á la salida los valles cultivados, las laderas con sus aldeas risueñas, algún castillo feudal semiarruinado ó alguna vieja fortaleza deshabitada y fan-

tástica en la cumbre puntiaguda de algún cerro. Multitud de pueblecillos pintorescos situados en la playa, bulliciosos y alegres, y por la superficie del mar bogando numerosas barcas. ¡Qué espléndido resultaba el paisaje!

Todo me encantaba: no sabía en realidad en qué fijarme preferentemente: lejos de comunicar impresiones ó apuntarlas, permanecía mudo, contemplaba aquello que jamás mis ojos habían visto, y dejaba correr la imaginación, con frecuencia trayendo á la memoria recuerdos de otros tiempos: ese mismo mar surcáronlo tantas y tantas ocasiones los bajeles de Fenicia y de Cartago: estas mismas tierras que atravesábamos ahora por medio de la veloz locomotora, holláronla los ejércitos de Galia; y allí pusieron sus garras las feroces águilas romanas.

Poco después de nuestra salida de Marsella, llegamos á Tolón, plaza fuerte de primer orden y puerto militar francés, situado en el departamento de El Var, limítrofe por el Oeste, con el de las Bocas del Ródano. Allí supimos que se encontraba fondeada nuestra Corbeta-Escuela "Zaragoza," reparándose después de su asistencia á las fiestas de Huelva, con motivo del centenario del descubrimiento de América.

De Tolón seguimos para Cannes, ciudad importantísima del mismo departamento de El Var, en la cual desembarcó el Emperador Napoleón I el año 1815, á su vuelta de la isla de Elba. ¡Cuánto llamó nuestra atención ver en los alrededores de Cannes, palmeras y magueyes!

El tren iba rápido: almorzamos, y no con mucha frugalidad, por cierto, con las provisiones que nos dispusieron en Marsella; á las dos de la tarde comenzamos á distinguir á la populosa y pintoresca Niza, en la cual estuvimos á los quince minutos. Desde la altura en que nos hallábamos se distinguían sus amplias calles, sus edificios magníficos y la orilla del mar. Este bello puerto, situado cerca de la desembocadura del Paillon, es la capital del departamento francés de los Alpes Marítimos, y su clima es delicioso.

Pasamos sucesivamente por distintas poblaciones, muy bellas todas, como el Var y Ville Franche; aquel lugar es tan primoroso, que á un puertecito encantadoramente situado le han dado los franceses el nombre de *Beau Lieu.*

Más tarde presentábansenos á lo lejos las abruptas y escarpadas rocas, voladas hacia el mar, del principado independiente de Mónaco. El castillo del príncipe defiende á la ciudad, que, amurallada, extiéndese al pie de aquella fortaleza inexpugnable, centinela imponente que causa una sensación extraña.

La vía férrea cruza la ciudad de Mónaco, dejando las masas basálticas citadas á nuestra diestra, y descubriéndonos á la izquierda nuevo panorama, soberbio como los que habíamos contemplado.

En un escalón de los Alpes, junto á Mónaco, se ha construído un palacio verdaderamente regio, con todos los atractivos que la mano del hombre puede colocar en un sitio de recreo: es Monte-Carlo, la gran casa de juego, donde á diario lo menos un individuo se quita la existencia; en donde el oro se derrama por doquiera y los grandes capitales se derrumban y tantas fortunas se desvanecen como el humo y tantos hombres han perdido su ventura. No dejamos de ver aquel centro abominable con temor, y afortunadamente lo pasamos luego, deteniéndonos el tiempo necesario para darnos alguna idea de ese lugar.

Nos acercábamos á la frontera italiana: llegamos á Menton, penúltimo punto para cambiar de tren, y al poco tiempo cruzamos la línea divisoria entre Francia é Italia, deteniéndonos en Vintimiglia. Aleccionados ya por el registro de equipajes en Cervère, hicimos conducir los nuestros á la Aduana, en donde los empleados, hablando francés y con la propia finura de los agentes de la nación que un momento hacía que acabábamos de abandonar, nos interrogaron acerca de si teníamos objetos que declarar. Pronto señalaron con gis nuestras maletas, que pasaron al tren directo para Génova, donde

nuevo cambio deberíamos efectuar y por cierto á incomodísima hora.

En Vintimiglia nos llamaron desde luego la atención los uniformes italianos de la Guardia civil, y los azules con franjas amarillas de los policías, con sombreros de anchas alas y vistosa pluma: hay que confesar que, en cuanto á uniformes europeos, muchos me parecieron teatrales.

Como el tren partiría á las dos horas de nuestra llegada á la frontera, tuvimos tiempo de recorrer la población, que no es muy grande y carece de importancia.

Curioso fué en Vintimiglia, notar ya en nuestros relojes alguna diferencia: traíamos la hora correspondiente al meridiano de Paris, y, por la longitud, debíamos desde luego referirnos á la hora de Roma.

A las 6.45 de la tarde íbamos en camino para Génova; la noche empezó á tender su manto de luceros, y por fortuna nuestra gozamos de la claridad melancólica de la luna, que á la sazón cumplía su cuarto creciente.

Continuamos siempre por el litoral ó *maremma*, como los italianos dicen. A las 11 de la noche la gran bahía de Génova, profusamente iluminada por las innumerables luces de las embarcaciones, presentaba á lo lejos un aspecto fantástico. Lo primero que descubrimos fué la luz del faro; y poco á poco la masa negra de la ciudad acercábase á nosotros. Antes de entrar á la bellísima estación, el ferrocarril pasa sobre las tejas de las casas de una población que es como un barrio de Génova; al poco rato estábamos en la gran ciudad.

Génova despertó en mí multitud de recuerdos. Fué llamada en los mejores tiempos de su poder y su grandeza la *Soberbia*. Colocada en el fondo del golfo de su nombre, en aguas del viejo mar Ligurio, extiéndese en anfiteatro al pie de los Apeninos, en terreno perteneciente á los antiguos Estados sardos. Fundada en el siglo VIII antes de Jesucristo, fué destruída por un hermano de Aníbal durante la segunda guerra Púnica. Los romanos la reedificaron, y corriendo los años,

formó parte de los poderosos dominios de Carlo Magno. Bajo su independencia, conquistada en la décima centuria, Génova prosperó, se enriqueció y floreció grandemente. Rival de Pisa, causó la ruina de esta ciudad; apoderóse de Córcega, y tuvo la suerte de poder fundar colonias en remotas tierras del mundo entonces conocido.

Las guerras intestinas minaron el poder de Génova, sobre todo, aquellas memorables luchas entre gibelinos y güelfos. Más tarde, como Venecia, tuvo su *dux*, y con el tiempo se constituyó en República. Fué asimismo parte de Francia; perdida por esta nación en los comienzos del presente siglo, hoy pertenece á Italia. Génova ha reclamado la gloria de ser la patria del ilustre descubridor del Nuevo Mundo, y en honor del insigne navegante, la ciudad posee un bien acabado monumento.

Génova es una capital importantísima: es majestuosa, imponente; tiene palacios de mármol, grandes plazas y calles monumentales, como es característico en todas las capitales europeas. Siento no haberla podido recorrer como deseaba; pero nuestro tiempo estaba contado, y más valía consagrarlo todo entero al estudio de la señora del mundo, la eterna ciudad de Rómulo.

A media noche abandonamos la opulenta capital piamontesa; á hora muy avanzada pasamos por Pisa y otras muchísimas ciudades, y á las nueve y media de la mañana llegamos á Civita Vecchia.

Mi emoción crecía: media hora más y pisaríamos el suelo de Roma. En efecto, cerca de las diez distinguimos la cúpula de San Pedro, y las murallas de la ciudad con la gran tumba piramidal de Cayo Sextio, y sonando las diez, el silbato de la locomotora nos anunció que entrábamos á la estación.

En ésta, ya nos esperaba uno de nuestros compañeros, que se hubo adelantado, y que se educó en la misma capital de Italia. Acompañábale un personaje conocido de todo mexicano que visita la Ciudad Eterna: el Sr. Don Enrique Ange-

lini, Cónsul de México en Roma, y de quien adelante os hablaré, por merecerlo y mucho.

Tomamos un carruaje que nos condujo por varias calles, y nos alojamos ávidos de descanso, en una casa particular, donde nuestro amigo y compañero nos había recomendado.

ITALIA.